

toriadores, más atentos á trazar las mutaciones de reinado que á hacer resaltar la indole de las instituciones, no nos han dado á conocer las leyes que regulaban y regian su comercio.

En las otras naciones era el comercio un monopolio de los reyes; pertenecian al real dominio las hospederías situadas en las grandes carreteras de la Persia. Salomon era el único armador de las expediciones para Ofir, como Mehemet Ali es en la actualidad el único negociante de Egipto: al revés los fenicios, gobernándose como república, se asemejaban á los europeos modernos en que especulaban por su cuenta particular.

Harto indica cuántas riquezas adquirieron los fenicios la tradición vulgar de que hacian uso de anclas de plata en vez de tenerlas de hierro. Pero el más insigne testigo de la extensión de su comercio y de la magnificencia que de él resultaba, es la poesía de Ezequiel. «El Señor, me dijo: Oh hijo del hombre, comienza una lamentación sobre Tiro. A Tiro, situada junto á la ribera del mar para emporio de los pueblos de muchas islas, dirás de este modo: Así te habla el Señor: oh Tiro, tú has dicho de tí misma, yo soy de una hermosura perfecta situada en el seno del mar. Te han construido á tí y á tus buques con los abetos de Senir; tus entenas con los cedros del Libano; labraron tus remos con las encinas del Basan; los bancos de tus naves con el marfil de la India; tus cámaras y tus almacenes con las maderas de las islas de Italia. Bordado fué para tus velas el delgado lino de Egipto; el jacinto y la púrpura de las islas de Elisa son tu Silois, «tus sábios por pilotos, y los ancianos de Gebal trabajaron en la reparación de tus fatigados bastimentos. Todos los navíos de la mar y todos los marinos venian á traficar contigo á causa de la multitud de tus manufacturas: persas, lidios, libios combatian en tu huerte, y con ellos los aradios y los pigmeos guarnecian tus murallas, colgando allí sus broqueles y sus cascos para servirte de ornamento. Llavándote los hijos de Tharsis toda clase de riquezas, plata, hierro, estaño, plomo henchian tus mercados; la Jonia, Tubal y Mosoch los proveyeron de almas humanas y de vasijas de cobre; Thogorma (la Capadocia) de caballos y de mulas, Dedan de marfil, de ébano, y de mantillas y pescantes para ca-

ballos y carros. Frecuentaron los sirios tus ferias con esmeraldas, corales, rubies, púrpuras, telas labradas, lino, algodón (*sericum*), y toda especie de mercancía de valor. Judá é Israel te ofrecieron trigo, bálsamo, miel, aceite y resina; Damasco sus vinos y sus lanas de vivos colores; Dan, los vagabundos hijos, Yadan (los griegos), y Mosel el hierro pulimentado, mirra destilada y la odorífera caña; los árabes y los príncipes de Sedan convertidos en agentes tuyos, corderos, carneros y cabritos; Sabá y Ramá perfumes, piedras preciosas y oro. Haran, Chenæ, Eden, Asur, Chelmad, llegaban con balas de jacinto, y bordados de varios colores, costosos muebles y maderas de cedro. Tus remeros te han conducido á muchas aguas; pero fuistes quebrantada en medio del mar por el viento del Mediodía: temblarán tus flotas al oír los gritos de tus pilotos. Por el saber y por la prudencia adquiriste fuerza y guardaste oro y plata en tus arcas; por tu gran habilidad y tus tráficos multiplicaste tu poderío, y tu corazón se engrió de orgullo; por eso el Señor ha dicho: morirás á manos de los extranjeros. Tú, que llegaste á ser un modelo de sabiduría y hermosura perfecta, rebosando de bienes, cubierta de sárdio, de topacios, de jaspe, de crisólitos, de berilos y zafiros; experta en el arte de las flautas y de los atambores; simétricamente alineada en tus calles desde el día en que fuistes edificada hasta que la riqueza te ha pervertido, caerás, y al rumor de tus gemidos descenderán de los barcos todos los que llevan remos, y marinos y pilotos vendrán á tierra y llorarán amargamente diciendo: ¿Cómo ha perecido Tiro, que en el círculo de sus negociaciones abarcó por mar tantos pueblos; Tiro, que por la multitud de sus tesoros y de sus colonias enriqueció á los reyes de la tierra?»

Coadyuvaron también en gran manera los fenicios á la civilización con sus colonias. Así como nuestras potencias marítimas, y especialmente Inglaterra, hacen penetrar ahora por medios semejantes nuestra civilización en el corazón de América, en el fondo de Africa, en la India, en la China y en la Oceania, donde sobrevivirá sin duda, si por desgracia hubiera de perecer en Europa, de la misma manera procedieron aquellos pacíficos conquistadores, preparándose otra existencia después de

su caída, como un padre que deja al morir una familia numerosa. Es constante que los pueblos riberaños del mar son prolíficos en extremo. Así los fenicios, careciendo de un territorio bastante dilatado, se veían en la necesidad de buscar salida á su población creciente y pobre, trasladándola á otros puntos. A veces ocurría que las divisiones intestinas, tan fáciles en un pueblo á quien la costumbre de vivir en medio de las olas hace insoportable todo freno civil, arrojaban fuera del país á una facción, que iba á otra parte á fundar una colonia. Así nació Cartago que debia suceder más tarde á Sidon y á Tiro, y rivalizar con la reina predestinada del mundo.

Si los modernos; que se aventuraron á expediciones remotas, juzgaron oportuno dejar aquí y allá gentes para custodiar las mercancías que llevaban allí de transporte, para recoger los productos de lo interior de los países y favorecer el trueque de unas y otras, era entonces de mucha más importancia, porque los viajes se hacian lentamente y eran muy escasas las comunicaciones. Si no querian, pues, tener que pelear con nuevos enemigos cada vez que arribasen á una playa, ni consumir mucho tiempo en proporcionarse cambios, y eso con la pérdida que experimenta por lo general el que ofrece, fuerza era á los fenicios fundar colonias; hacías todavía más indispensable la explotación de las minas, objeto principal y casi exclusivo de aquel pueblo.

De este modo explotaron todas las islas del Archipiélago, y con especialidad Chipre, la Creta, las Sporadas, las Cíclades, las del Helesponto, y hasta Thasos, enfrente de Tracia, donde extraían oro. Se les atribuía en el Asia Menor la fundación de Pronettos y de Bithinio, establecimientos que se vieron obligados á abandonar con otros muchos á medida que los griegos crecian en número y en fuerza. De la misma manera fueron echándoles los etruscos de Italia; pero prosperaron en Sicilia, donde llevaron el culto de Astarte, que se llamó allí Venus Ericina, y donde se acrecieron singularmente Panormia y Lilibea. Es de creer que consideraban á Sicilia y Cerdeña como centro de las expediciones más distantes, tal cual lo es actualmente para nosotros el cabo de Buena Esperanza. Sembrada estaba la costa septen-

trional de Africa de sus colonias, entre las que podian ser contadas como principales, al Oeste de la pequeña Sirte, Utica, Cartago y Adrumeta. Poseían en Menfis la propiedad de un barrio entero para sus caravanas: es probable que establecieran factorías junto al golfo Pérsico para el Levante, en las rocas de Tylos y de Arad (islas Bahareins). Cuando celebraron alianza con Salomon se dividieron el comercio del Mar Rojo, que les disputaron desde aquel instante los idumeos. Multiplicaron especialmente sus establecimientos en España, siendo los principales en Andalucía, desde la embocadura del Guadiana y del Guadalquivir, hasta los reinos de Murcia y de Granada: eran los más florecientes Tartesia, Gades, Cortija, Malaca, Hispalis (Sevilla) y las columnas de Hércules.

Hércules fué para los tirios el tipo en que simbolizaron la historia de sus colonias. Dijeron que queriendo hacer este héroe la guerra en Iberia al hijo del opulento rey Crisaoro, juntó una flota en Creta, isla que servía de eslabón entre las colonias fenicias, atravesó el Africa, donde introdujo la agricultura, y fundó la ciudad de Hacatómpilos; que habiendo llegado al estrecho, pasó á Cádiz, avasalló la España, robó los bueyes de Geryon, y luego volvió por la Galia, la Italia y las islas del Mediterráneo.

Tal fué cabalmente la marcha de sus colonias. Pero los fenicios no supieron conservarlas bajo su dominio, como lo hizo en lo sucesivo Cartago, por no tener la facultad ni el medio de contenerlas con ejércitos, lo cual dió margen á que se emancipasen muy pronto. Con efecto, se dedicaban muy poco al ejercicio de las armas, y confiaban su defensa á los mercenarios del Asia Menor y de la Grande como los venecianos á los dálmatas y á los esclavones. Por eso padecieron á menudo el yugo de los conquistadores; pero eludieron á lo menos esas funestas ambiciones que á veces arrastran á la guerra hasta á los mismos pueblos comerciales que más interés tienen en evitarlas. No se les conoce más conquista que Chipre, donde edificaron á Citium (*Kitium*) y donde se mantuvieron siempre.

Sus colonias eran, pues, muy distintas de las de los europeos modernos, obra de la ca-

sualidad más frecuentemente que resultado de un premeditado designio, y ofreciendo la mayor parte del tiempo el lastimoso espectáculo de la iniquidad y de la tiranía. Distribuían los fenicios á las suyas en los puntos más favorables al comercio, y no les agitaba allí la manía de conquistar, como acaeció despues en América, sino que edificaban ciudades, promovían la industria, y se hacían adictos los pueblos nuevos por el vínculo de las recíprocas necesidades: su espíritu de astucia y de fraude contribuía también á despertar entre los salvajes el conocimiento de sí mismos y de sus propias riquezas. Si nadie duda que las colonias modernas han servido de grande auxilio á las ciencias, á la civilización, al aumento de las riquezas, ¿de cuánto socorro no debieron ser entre los antiguos! Las relaciones continuas entre la metrópoli y las colonias, en anchas el círculo de los conocimientos, desarrollan las ideas políticas y perfeccionan la organización social; así veremos á las colonias griegas, en el Asia Menor y en Italia, señalarse por su saber y por su poderio, y llevar al seno de la madre patria la civilización y las artes.

## CAPITULO XVIII.

## GRECIA.

## Primeros habitantes.

Vosotros sois unos niños que no sabéis más que las cosas de hoy y de ayer, decían á Solon los sacerdotes egipcios aludiendo á la poca antigüedad de la historia griega. Con efecto, en vez de perderse en los millones de años de los orientales, abandonaba los periodos divinos y se atenia á los semi-dioses y á los héroes sin mostrarse por eso sóbria de fábulas. Lejos de esto inventaron una infinidad de ellas la vanidad nacional y la imaginación viva de los griegos, si bien embellecidas todas con ese sentimiento estético que en ningún otro pueblo fué tan perfecto. De esta facultad, unida á su admirable aptitud no sólo para apropiarse sino también para asimilarse las traducciones extrañas, resultó tal fusión que vino á ser difícilísimo distinguir bien sus elementos; así es que las tentativas hechas hasta ahora para penetrar el verdadero sentido de sus mitos histó-

ricos han producido sistemas más ó menos seductores para el espíritu, aunque desnudos de esa solidez propia para satisfacer la razón.

Nos dice la escritura que Ione ó Javan, hijo de Jafet, pobló las islas inmediatas á la costa occidental del Asia Menor desde donde hubo de pasar á las islas europeas. Esta raza japética se había propagado como hemos visto en el Norte, y debió establecerse en la region del Cáucaso en los lugares donde están actualmente la Georgia, la Circasia (Tchercasia), la Mingrelia, la Avasia, en medio de montañas que tal vez se alzaban como islas de un gran mar formado por la reunión de los Mares Blanco y Báltico con el Euxino y el lago Aral. Nos costaría trabajo determinar las diversas poblaciones que confundieron los griegos bajo el nombre de scitas; lo aplicaban á todos los que moraban en las inmediaciones del Danubio, del Boristenes y del Tanais, mas acá y más allá del monte Imavó, y que se daban á sí mismo el nombre de skolocos. Entraban en este número principalmente los cimierianos que habitaban en los alrededores de Kuban, junto al Mar Negro, y que acometidos por los meotidas, diez y ocho siglos antes de Jesucristo, cruzaron el Cáucaso y pasaron á Armenia. También fué en estas playas donde los griegos colocaron á las Amazonas, población que tal vez no es del todo fabulosa; y el recuerdo que conservaron de la felicidad y de la prudencia de los hiperbóreos ó septentrionales, se parece á esos ornamentos con que cada cual se complace en hermohear el país donde tuvo cuna. Decía Herodoto que el Norte era la comarca de más población despues de la India. Oleno, á quien Pausanias llama Hiperbóreo, trajo de allí una colonia sacerdotal que estableció en Delos el culto de Apolo y de Diana. De allí vino Orfeo, constructor de ciudades, y profesor de artes y de oficios; de allí Prometeo, carácter ideal de los primeros civilizadores que hicieron repudiar la infame comunidad de hacienda y de mujeres. De este modo exclama en *Esquilo*: «Me hacen agravio los Dioses: escuchad cuanto he hecho en ventaja de los mortales. De brutos que eran, merced á mí se han convertido en hombres... Ciegos, sordos, semejantes á vanos espectros, vagaban al acaso sin órden y sin leyes; no sabían el arte de construir casas, y el centro de las cavernas

era su único albergue; llevando una vida incierta no distinguían el tiempo ni las estaciones. Yo fui el primero que les enseñé á conocer el curso de los astros, los números, las letras; les hice dón de la memoria, madre de las musas; les enseñé á sujetar á su yugo á los animales.»

Algun gran trastorno arrojó de su morada á las poblaciones establecidas en torno del Mar Caspio y del Ponto Euxino. Ciertas tribus se encaminaron hácia los montes Carpatas, desde donde ganaron la Italia y la Epila; remontando otras el Danubio llegaron hasta el Rhin, y despues de haberlo pasado traspusieron también los Pirineos y no se pararon hasta el Océano: húbolas que, volviendo hácia el Mediodía desde la embocadura del Danubio, bajaron á los valles del Asia Menor y produjeron los thynos, los bithynios, los frigios, los misianos; otras permanecieron entre el Danubio y el Dnieper, éstos fueron los cimierianos y los taurios; por último, otros llamados más especialmente pelasgos, se establecieron en los montes de la Tesalia y de la Beocia, y luego en el país que más tarde se denominó *Hélada*; convertidos en navegantes, ocuparon gran número de islas del Mar Egeo, Lemnos, Imbros, la Samotracia, y se dilataron por el país que fué en lo sucesivo la Caria, la Eolida, la Jonia, el Helesponto.

Lejos de hallar desierta la Grecia, se cuenta que tuvieron que luchar contra los primitivos moradores, quienes, á lo que parece, se dividieron despues en dos descendencias ó generaciones: los griegos y los lélegos ó curetos. Perdióse el nombre de los primeros más tarde en el de helenios hasta el punto de que ni aún en el país natal fué ya pronunciado; pero se conservó en Italia, donde fué llevado por los pelasgos, llamados también tyrrénios, antes de que hubiese cedido el puesto al nuevo. No sólo los hicieron revivir más tarde los romanos, sino que hasta los extendieron á todos los helenos; así como todos los tudescos fueron llamados germanos ó alemanes, y francos todos los europeos por los levantinos: también nosotros damos algunas veces á todos los árabes el nombre de sarracenos. Subdivididos los lelegos ó curetos en muchas ramas, como los aonios, los hyantos, que tal vez juntos no formaban mas que un pueblo con los liburnos, habitaban la Acarnania y la Etolia, y se dedi-

caban al comercio; vencidos por los pelasgos, se establecieron parte en Creta, parte en la Laconia. Ya muchos Estados se hallan constituidos: Atica, bajo Ogiges; Micena y Esparta, fundadas un poco antes; Fegea, en Arcadia; Tarses, en Cilicia. Obedecía la Argólida á otra familia griega cuando Inacho (1870), condujo á los pelasgos á la Península que, tomando el nombre de uno de sus sobrinos, se llamó Apia, y que en lo sucesivo fué denominada *Peloponeso*.

Cualquiera que haya recorrido un país nuevo podrá delinear próximamente sus confines, trazar la estación de las ciudades, la de las montañas y la dirección de los rios; pero chocarán tanto más sus inexactitudes, cuanto más pretenda agrandar las proporciones y precisar con más exactitud las latitudes. Contentarémolos, pues, con indicar los hechos mas evidentes y mejor certificados sin pretender señalar á los acontecimientos su tiempo exacto ni entrar en sus particularidades. Sustentamos, no obstante, que hácia el año de 1800 ocupaban los pelasgos todo el país desde el Arno hasta el Bósforo; luego, así como tal vez las islas del Mediterráneo, aparecieron por encima de las olas como aisladas cumbres cuando el resto del país quedó sumergido; así los pelasgos no semejaron más que colonias separadas despues de nuevas invasiones de pueblos.

Es cierto que su nombre abarcaba un gran número de naciones, y que existía mucha variedad entre ellas. Por eso se nos presentan bajo aspectos totalmente distintos: nos los muestran en Italia como maestros de las artes y de la civilización, á la par que son descritos en Grecia como salvajes que habitan en grutas, ignorando la industria más sencilla y sin sociabilidad ninguna, hasta el punto de que Phoroneo, hijo de Inacho, hubo de enseñarles á construir casas, á vivir en sociedad y á hacer uso del fuego. Pero los hechos emplean otro lenguaje bien distinto para atestiguar que los pelasgos llevaron á Grecia no sólo algunas artes, sino un sistema completo de creencias, de artes y de letras; que fué ésta una raza tan bienechora como infortunada. Su lengua áspera y más parecida al latín que al griego, se conservó en el dialecto eolio y epirota que los helenios consideraban como bárbaros. Enseñaron también una escri-